

REINALDO ARENAS

Libro de Arenas (prosa dispersa, 1965-1990)

2.^a edición revisada y aumentada

Compilación, prólogos y notas:
Nivia Montenegro y Enrico Mario Santí



Los documentos originales que se incluyen en este libro forman parte de los “Reinaldo Arenas’ Papers”, Manuscripts Division, Department of Rare Books and Special Collections, Princeton University Library.

Edición: Javier L. Mora y Michael H. Miranda

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Ilustración de cubierta: *La otra Cuba* (2001), de Ernesto Lozano

© Del prólogo y las notas:

Nivia Montenegro y Enrico Mario Santí

Primera edición: DGE Equilibrista / Conaculta, 2013

© Herederos de Reinaldo Arenas, 2022

Sobre la presente edición: © Casa Vacía / Arteletrastudio, 2022

www.editorialcasavacia.com

[casavacia16@gmail.com](mailto:cavacia16@gmail.com)

Richmond, Virginia

Impreso en USA

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

*Supo que lo mejor es aquello que dejamos
precisamente porque nos marchamos.*

REINALDO ARENAS, “Autoepitafio”.

NOTA EDITORIAL¹

Este libro no habría sido posible sin la ayuda indispensable de una serie de colaboradores y amigos. En primer lugar, del pintor Jorge Camacho, ya fallecido, y de su esposa Margarita, mentores y albaceas literarios de Reinaldo Arenas, quienes facilitaron información bibliográfica, materiales inéditos, permisos de reproducción e ideas para el libro. Nuestra asistente editorial, Margaret Munts, de Pomona College, fue en verdad una coeditora que supo aligerar nuestro trabajo, y fue gracias a una subvención SURP de Pomona College que tuvimos el privilegio de trabajar con ella todo un verano. Muy agradecidos estamos con Jorge Olivares, admirado colega y gran amigo, quien supo contestar preguntas y compartió sus inmensos conocimientos sobre la vida y obra de Arenas. Lesbia Varona, de la legendaria Cuban Heritage Collection de la Universidad de Miami, actuó, como de costumbre, como hada madrina de nuestros desvelos. Pudimos realizar nuestro proyecto durante dos años gracias a generosas subvenciones del fondo Harriet Barnard de Pomona College, y de la cátedra William T. Bryan de la Universidad de Kentucky.

Deseamos expresar nuestro agradecimiento a Don C. Skemer, director de la Rare Books and Manuscripts Collection de la Universidad de Princeton, por su oportuna y generosa ayuda con los manuscritos de Reinaldo Arenas; y a la biblioteca Firestone, de la misma universidad, por otorgarnos el permiso de reproducción de algunos de los textos que recogemos aquí. La casa editorial DGE Equilibrista fue ejemplar en su ayuda profesional.

¹ Nota a la 1.^a edición.

Las últimas expresiones de agradecimiento van dirigidas al escritor Reinaldo Arenas: por su vida, por su obra y, sobre todo, por su valentía.

NIVIA MONTENEGRO y ENRICO MARIO SANTÍ

Claremont, CA,
noviembre de 2013.

NOTA A LA 2.^a EDICIÓN

Esta segunda edición del *Libro de Arenas (prosa dispersa, 1965-1990)* ha sido revisada y aumentada por los compiladores. La primera edición, publicada en México hace ocho años, no circuló fuera de ese país, lo cual impidió que se conociera como sin duda merece. Además de efectuar algunas correcciones, hemos añadido tres importantes textos: dos entrevistas —la segunda con la colaboración del profesor Jorge Olivares— que los compiladores le hicieran al autor, acabado este de llegar a Estados Unidos por el infame puente del Mariel en mayo de 1980; también el conjunto de los “Treinta truculentos trabalenguas”, que primero aparecieron dispersos a lo largo de *El color del verano*, cuarta entrega de la célebre pentagonía.

Agradecemos a Jorge Olivares su visto bueno para publicar la segunda entrevista, y a la Editorial Casa Vacía, y a su director Pablo de Cuba Soria, su interés en coeditar, junto a Arteletrastudio, esta recopilación de textos dispersos y ahora al fin reunidos.

NIVIA MONTENEGRO y ENRICO MARIO SANTÍ

Claremont, CA,
marzo de 2022.

POR UN LIBRO DE ARENAS

*Me dijo que su libro se llamaba el Libro de Arena,
porque ni el libro ni la arena tienen ni principio
ni fin.*

JORGE LUIS BORGES

I

*L*ibro de Arenas (*prosa dispersa, 1965-1990*) recoge los escritos que quedaron rezagados, a la muerte en 1990, en Nueva York, de Reinaldo Arenas (Holguín, Cuba, 1943), y que nunca antes se habían recopilado. Consiste el libro en siete secciones distintas de textos, que van desde el cuento hasta la reseña analítica, el prólogo amable y la carta abierta. Todos están atravesados por al menos tres temas: la pasión literaria, la política anticastrista y la fuerte personalidad de su autor. Arenas, como se ve, no es solo el apellido que da título al libro: sus textos ocurren, o luchan, en las contiendas de la literatura, la moral política y la identidad personal.

Complemento, por una parte, de su célebre y póstuma autobiografía, *Antes que anochezca* (1992), nuestro libro también prolonga, por partida doble, uno anterior de ensayos publicado en vida del autor, *Necesidad de libertad* (1986), donde aparecen textos contemporáneos que aquí se incluyen, y otro de *Cartas a Margarita y Jorge Camacho (1967-1990)* (2011), que recoge algunos de sus más importantes testimonios. El nuestro abre también, por cierto, con una breve sección (“Yo”) donde el autor aborda aspectos de su vida, seguida de seis secciones más (“Literatura”, “Otra vez el mar”, “Mariel”, “En contra”, “Prólogos” y “Cartas”) sobre temas que no siempre pueden ser encasillados con absoluta nitidez. En todas ellas se rescatan documentos poco conocidos y de poca circulación, tal como “Los

zapatos vacíos” (1965), su primer texto narrativo, o la lejana encuesta de 1965 en la revista *Casa de las Américas* sobre el peregrino tema de “Literatura y Revolución”. Se trata, por tanto, de una miscelánea de prosa en un cuarto de siglo marcado por el vértigo de la Revolución cubana de 1959; la represión oficial que Arenas padeció durante sus años de carrera literaria; y, finalmente, el desencanto, a partir de 1980, de su exilio en Estados Unidos, comienzo de una década en la cual Arenas logró producir su obra en medio del éxito internacional, agrias polémicas y la plaga del virus del VIH. No se trata, por tanto, de un libro literario, aunque incluye bastante literatura; tampoco es un alegato político, muy a pesar de que muchos de sus escritos abogan por el fin del castrismo y denuncian a sus cómplices en el extranjero. Como sugieren apellido y título, recopila textos escritos tanto en la dispersión revolucionaria como en el desierto del destierro, con todas las grandezas y miserias de uno y otro.

Aparte del valor documental, el hecho mismo de que hasta hoy estos textos hayan estado dispersos o sean poco conocidos justifica su cosecha y publicación. Los amigos de Reinaldo, entre los que me cuento, sabemos que su historia personal y trayectoria literaria fueron agónicas, lucha perenne por expresarse y ser él mismo frente a las instituciones —familia, clase, sociedad, jurados literarios, dictadura, ideología y exilio— y circunstancias —como la enfermedad que lo torturó durante sus últimos días— que conspiraron para anularlo. El tono de sus escritos, cuando no el contenido, lo prueban. Su publicación, por consiguiente, no puede menos que verse como un acto de justicia, justificación en un sentido que va mucho más allá de la restitución crítica o literaria. Se trata de una voz rescatada de la dispersión —vale decir, del silencio y del olvido—, máxime cuando muchas de las causas que provocaron esa voz siguen silenciando a tantas otras.

II

Conocí a Reinaldo Arenas en mayo de 1980, en Miami, recién llegado él durante el llamado “éxodo del Mariel”. Le hice una larga entrevista que se publicó en México al año siguiente. Nos hicimos amigos, escribí sobre su obra y hasta llegamos a colaborar en un curso sobre poesía cubana. Años antes había leído sus obras en clase, había oído, tanto en Cuba como en los Estados Unidos, rumores acerca de sus supuestos crímenes, y había seguido en lo posible su azaroso destino. (Aún recuerdo que en mi última visita a Cuba, en 1979, los funcionarios de la Unión de Escritores negaban que existiera un escritor con ese nombre). Entrevistarlo, luego de una década de rumores e incertidumbre, fue, como dije oportunamente, “conocer a un fantasma”. Según llegara él mismo a contar en sus memorias, luego llevadas a la pantalla por Julian Schnabel (*Before Night Falls*, 2000), sus llamados crímenes se reducían a dos: sacar al extranjero obras literarias censuradas por la dictadura y vivir su homosexualidad. Por ello Arenas sufrió censura, vejaciones, trabajos forzados, dos años de prisión y exilio interior. Durante los años sesenta, antes de ser perseguido por escribir y publicar en Francia y en México *El mundo alucinante. Una novela de aventuras* (1969), su primer libro, *Celestino antes del alba* (1967), el único publicado en Cuba, ganó un premio oficial; su autor empezó a ser protegido por artistas y poetas consagrados como Jorge Camacho, Eliseo Diego, Cintio Vitier, Virgilio Piñera y Camila Henríquez Ureña, y trabajaba de redactor en *La Gaceta de Cuba*, órgano oficial de la Unión de Escritores y Artistas. De los primeros textos que llegó a publicar ahí y en otras revistas, incluimos, además de “Los zapatos vacíos”, sus primerísimos cuentos que nunca figuraron en *Con los ojos cerrados* (1972), su primera colección. Mostramos también el primer Arenas crítico literario, autodidacta pero seguro de sí, practicando lecturas honestas y precisas.

Al final de los años sesenta la censura de *El mundo alucinante* y la persecución de su autor coinciden con la crisis nacional del fracaso de la llamada “zafra de los diez millones”,

que hunde al país en la ruina y provoca una creciente estalinización. Su epifenómeno interno fue el conocido “Caso Padilla”, que castigó públicamente al poeta Heberto Padilla por escribir y publicar poemas críticos del castrismo, dividió la opinión del mundo *progre*, y desató una cacería de brujas contra artistas y escritores que, aunque negro y perenne, en Cuba se conoció con el edulcorado nombre de “Quinquenio Gris”. Pero Arenas siguió escribiendo, y el parteaguas de su vida y carrera fue cuando tuvo que escribir tres veces la misma novela, *Otra vez el mar*, tercera de su proyectada pentagonía autobiográfica, debido, primero, a la traición de amigos (como muestra la “Carta a Aurelio Cortés”), y después a la confiscación de sus bienes por la policía del régimen. (Cf. la sección “*Otra vez el mar*”). Fue solo después de su huida de Cuba en 1980, luego de varios intentos fallidos, que volvió a escribirla, y logró publicarla en España en 1982.

En el exilio en Miami y en Nueva York, en la década que le siguió, Arenas llegó a escribir por lo menos una decena de libros más, incluyendo *El color del verano* y *El asalto*, últimas dos entregas de la pentagonía. Y es durante esa década que ejerció su revancha en contra del régimen: da testimonio de cómo fue perseguido —como escritor y como homosexual—, critica la represión de las libertades públicas y polemiza con los defensores del régimen en el exterior. Parte de esa revancha se refleja en su gestión, junto a un grupo de escritores y artistas emigrados en el mismo éxodo, en la revista *Mariel*, que financiaban entre todos, pero donde Arenas ejerció indiscutible liderazgo. (Los textos pertinentes aparecen en la sección “*Mariel*”). Aparece, también, en los varios prólogos que escribió durante la misma época y, desde luego, en las cartas abiertas donde Arenas contestó a contrincantes y adversarios por igual. (Cf., respectivamente, las secciones “Prólogos” y “Cartas”).

III

Hemos dividido el libro en siete discretas secciones, todas atravesadas por la perenne intersección de temas de literatura

y política. Pero el lector enseguida advertirá que en un escritor como Arenas, y dadas sus circunstancias, deslindar esos dos temas resulta imposible. Tampoco se trata de exagerar que fuera Arenas un pensador político, de lo cual él mismo jamás presumió. Pero aun cuando debemos reconocer que Arenas no tenía, en sentido estricto, ideas políticas, sí tuvo, o más bien padeció, experiencias políticas, y que esas experiencias, casi siempre de represión y rechazo, motivaron reacciones y le hicieron abrigar opiniones hacia realidades que han sido afectadas por la política o por su perversión. Tampoco falta en este libro, por último, una legítima crítica al exilio cubano, o más bien a las actitudes de algunos de sus grupos que afectaron a Arenas y a su generación.

Hoy Reinaldo Arenas, si hemos de creer a la creciente popularidad de sus obras y, sobre todo, a la curiosidad sobre lo que no puede menos que llamarse su *leyenda* o su *mito* —objeto ya de varios filmes, obras de ficción y hasta de una ópera—, ha encontrado un público lector. Mejor dicho: una imagen. Faltaba completarla con una voz, dispersa más allá de la obra que sobrevive, y que hoy reunimos en este modesto pero no por ello menos importante, o infinito, *Libro de Arenas*.

ENRICO MARIO SANTÍ

Claremont, CA,
2 de noviembre, 2013.

EL MUNDO ALUCINANTE DE REINALDO ARENAS

Hablar de la escritura de Reinaldo Arenas exige hablar de la vida de Reinaldo Arenas. Resulta difícil, si no imposible, separar su producción literaria de su quehacer político, en un sentido amplio. Arenas vivió una breve e intensa carrera literaria, inmerso primero en el seno de un proceso revolucionario que se torna totalitario y, después de su salida de Cuba, en medio de un capitalismo enajenante e inhumano. Por su infancia en el campo, su adolescencia en la utopía de la Revolución, su juventud en el universo orwelliano de un homosexual en Cuba en los sesenta y setenta, y su madurez como disidente anticastrista en el mundo liberal de Estados Unidos, la vida de Arenas fue un constante aprendizaje. Fue suya una incansable lucha contra trabas y prejuicios que limitaban su campo de acción e intentaban encasillarlo según la ortodoxia del momento. No deja de ser irónico que esta clase de experiencia vital haya dado frutos en una obra que reverbera y vibra, más que reflexiona y considera. Leer a Arenas es transitar por un camino salpicado de guijarros por el que avanzamos siempre rápido, sin detenernos apenas porque tal vez no podamos seguir más adelante. Esa urgencia, esa necesidad de respirar hondo y a conciencia, permea toda su obra y, muy en particular, sus escritos de ocasión, ya sea para libros, revistas o periódicos.

Cualquier lectura de los textos incluidos en este volumen nos devela varios Arenas o, por lo menos, varias etapas de su escritura en prosa: desde concienzudas reseñas críticas en su etapa inicial en Cuba, hasta prólogos y notas escritos al vuelo en su efervescente etapa en Estados Unidos. Aun cuando también encontramos textos literarios en esta segunda etapa, el acento se hace más intenso, las afirmaciones más categóricas, las denuncias más contundentes e incisivas, todo ello condicionado

por el contexto en que Arenas vivía y laboraba. Desde su llegada a Cayo Hueso en mayo de 1980, hasta su muerte diez años después, la vida exiliada de Arenas adquirió una celeridad que fue en parte resultado del ostracismo y la censura que sufrió en Cuba y, además, del afán de ganarle a la vida los años perdidos como *no persona*. Esas realidades le llevaron a publicar un gran número de obras en breve tiempo; algunas escritas, confiscadas y reescritas clandestinamente en la isla y publicadas fuera, otras proyectadas después de su salida en el éxodo del Mariel. No está de más añadir que ese ritmo intenso de su producción literaria marchó a la par de viajes, conferencias y trabajos en revistas culturales.

De la sección “Literatura” vale la pena destacar sus escritos sobre la geografía como índice cultural e identitario, según un pretendido canon nacionalista más que nacional. Sabemos que en el caso de Cuba este argumento difícilmente se mantiene, a pesar de haber sido esgrimido en múltiples ocasiones por escritores o burócratas oficialistas del actual gobierno para deslegitimar a figuras del exilio como Arenas, Cabrera Infante o Lydia Cabrera, por citar solo a tres. En su lúcida discusión sobre el tema, Arenas, por ejemplo, no se limita a esgrimir como argumento figuras claves como Cirilo Villaverde y su novela fundacional, *Cecilia Valdés*, concebida, escrita y publicada en Nueva York, o a José Martí escribiendo incansablemente desde su largo y fructífero exilio neoyorquino; pasa a postular el desarraigo como particularidad clave en la cultura cubana, y recurre para ello a un cotejo histórico en el que se remonta a la rápida desaparición de la población aborigen en la primera centuria de la Colonia, e incluye en su discusión desde los primeros cronistas, que tuvieron que describir realidades ajena, hasta el exilio interior de figuras como Julián del Casal, José Lezama Lima o Virgilio Piñera. El resultado es un nutrido inventario de figuras sin las cuales resultaría imposible abordar el tema de la cultura cubana, pero también el de una creación literaria marcada por la lejanía y el extrañamiento. Para Arenas, quien sufrió la angustia del exilio en sus múltiples dimensiones, la literatura cubana solo puede estar ubicada en una isla coyuntural edificada más

como mito que como lugar; y lo cubano, si de tal cosa se puede hablar, se concibe más como ritmo que como discurso. No es de extrañar, entonces, que un elemento clave de esta geografía imaginaria sea el mar, constituido como posibilidad de libertad, de posible escape de los confines de la isla. Es quizás en ese mar ondulante que Arenas vislumbra como “nuestra selva” donde radique un posible acento rítmico de lo cubano insular, ilimitado por estructuras rígidas y abierto a todas las corrientes.

Otro de los temas que Arenas destaca en estas páginas lo constituye el humor y sus posibles vertientes en la literatura y, muy en particular, en su propia obra. Más que la risa fácil, el humor en Arenas nos provoca sonrisa, y aparece en función de caricatura como tela de juicio. En otras palabras, la caricaturización desmonta o pone en entredicho cualquier canonización de temas o figuras culturales, cualquier intento de prosapia o prosopopeya que rezuma ranciedad. Como afirma el propio autor, en su humor late siempre la irreverencia, la antisolemnidad. Ya sea por una reducción al absurdo o por una acumulación de sinsentidos, la sonrisa de Arenas asoma al desplomarse el dintel que sostiene el andamiaje verbal o estructural de lo narrado. En este sentido, su escritura lleva a cabo un trabajo de zapa, una continua demolición de antecesores, padrazgos y padrinajes. Podría decirse que en Arenas el humor desmorona y reconstruye edificaciones verbales. La escritura de Arenas se sitúa, así, en las antípodas de un escritor como Alejo Carpentier, tan barroco como Arenas, pero en una vertiente seria y solemne. Funciona también, en cambio, como escapatoria de situaciones límites, de un mundo lleno de situaciones que el propio escritor califica de espantosas. Humor y sonrisa se perfilan entonces como escapatoria de una realidad insostenible: liberación.

Al hablar de su concepto del humor y la manera en que lo emplea en sus novelas, Arenas subraya que sus mundos, tanto el ficticio como el vital, están llenos de contradicciones, y que son estas las que enriquecen ambos universos. Si es el ritmo lo que para el escritor se acerca más a una posible caracterización de lo cubano, y la irreverencia lo que caracteriza su acercamiento a ese canon cultural, no cabe duda de que la liberación juega

también un papel crucial en su obra. En este sentido, tanto el ritmo como la irreverencia se conjugan en un espectáculo fluido y restallante: el carnaval. Ya sea en pose de carroza, de comparsa o de arrollar callejero, toda la escritura de Reinaldo Arenas se nutre de esa carnavalización, moviéndose, avanzando dentro del ámbito de la resistencia, la sublevación, el cimarroneo. Intenta fundar a partir de las ruinas que va descubriendo, las reliquias heredadas, los lemas adoctrinadores y las consignas impuestas. Esa grabación de letras o palabras en los troncos de los árboles durante su infancia deja constancia de un impulso antinatural, contra lo habitual, que con los años se articula como contradiscursivo, contradicción, contra la palabra del otro, de la tradición.

Varios de los ensayos de Arenas sobre figuras o movimientos literarios recogidos en este libro se enfocan en algunos de los autores del llamado *boom* de la literatura latinoamericana de los años sesenta. Resulta evidente que la relación de Reinaldo Arenas con algunos de estos autores está marcada por sus trayectorias y diferencias políticas. Conviene destacar aquí que Arenas tuvo, en efecto, contactos iniciales con algunos de sus más exitosos representantes, y después sufrió también el silencio o lejanía de algunos de estos mismos autores cuando abandonó la isla para asumir una postura pública anticastrista. No ha sido el único, ni será tampoco el último. Se trata de un caso que se repite, ya sea en la literatura, el cine o la pintura. Todos conocemos gente que primero fue admirada y aupada por representantes del mundo cultural norteamericano, por ejemplo, y luego cayeron estrepitosamente en la consideración de esos mismos adalides una vez que dejaron la isla: cuestión de ubicación o, quizás, de desubicación. El proceso es consistente: silenciados oficialmente (aquí y allá) una vez que se van, demonizados si se atreven a criticar y, finalmente, rescatados con suma precaución cuando ya no están en condiciones de hacerse oír. La obra de Arenas sigue este mismo curso.

Uno de los textos más reveladores de la posición de Arenas como escritor latinoamericano aparece en su ensayo “Subdesarrollo y exotismo”, donde combina con suma lucidez una exposición literaria con la consideración de sus consecuencias

comerciales y políticas. Al discutir las visiones y versiones de América Latina, primero para Europa y luego para Estados Unidos, Arenas hace hincapié en el dilema que se le plantea a todos aquellos que escriben desde Latinoamérica: rebelarse contra la imagen que los exotiza o utilizarla comercialmente para su beneficio. Para Arenas, ambas reacciones revelan un complejo de inferioridad: tanto al rechazar como al explotar esa imagen se someten. Su análisis pasa entonces a un plano de imaginería político-cultural al enfocarse en la tradición paternalista de la que sufre nuestro continente, y la configuración del caudillo y sus secuelas. Para el escritor, es innegable que la búsqueda y la dependencia psicológica de un posible caudillo redentor constituyen solo otra expresión de subdesarrollo intelectual. Por eso resulta significativo, creo, que Arenas cite en este contexto a Octavio Paz, en pleno siglo XX, para referirse a la libertad: “la libertad se ejerce, no se define”, palabras que parecen continuar las que pronunciara Antonio Maceo a fines del siglo XIX en una de sus cartas: “la libertad no se pide, se conquista”, pero con una importante diferencia: ¿qué hacer, cómo proceder después de haberla conquistado? Se trata de la lucha por la palabra y por su libre ejercicio. No se trata de contiendas militares, sino estratégicas; la palabra puede tornarse más política que la más certera de las armas. Arenas lleva esta visión a sus últimas consecuencias al elaborar un concepto de igualdad que solo nos permite ser al permitirnos ser distintos. Esta, para él, es la verdadera libertad y responsabilidad: la de disentir, discrepar y ejercer nuestro derecho a la palabra, a contar nuestra propia versión de la historia. Aceptar la narrativa oficial conlleva no solo aceptar un “nosotros” mayestático o un silencio cómplice, sino una renuncia al ejercicio de lo que, para Arenas, nos hace verdaderamente humanos.

Se incluyen, en una breve sección del “Yo”, dos textos reveladores: las reflexiones del escritor sobre su primera novela en el contexto de su infancia en el campo cubano, y la del final de su vida sobre Nueva York como urbe deshumanizada y deshumanizante. Ambas nos brindan no solo comienzo y final de una vida breve, sino los distintos matices y tonalidades que esa vida

adquiere en los ámbitos por los que transita. Si, por una parte, la mirada del escritor durante su niñez revela la parcial desolación del aislamiento infantil en medio del nutrido grupo familiar, junto al deslumbramiento que el niño encuentra en el refugio del campo desbordante, por otra, la despedida con que Arenas reconstruye la Ciudad por antonomasia nos muestra la vida urbana llena de contradicciones y extremos. Vamos de la pobreza más abyecta al materialismo más obsceno, de las porterías y los edificios más sumptuosos a la suciedad y la violencia más indignantes. La capital de capitales, ombligo del capitalismo, le muestra al escritor mucho más y mucho menos que el deslumbramiento inicial de sus primeros años en el exilio, cuando se incorpora a un ritmo vital y al ejercicio de una libertad recién estrenada. Esta doble visión nos transporta, de un plumazo, a dos mundos que, no pudiendo ser más disímiles, se encuentran mucho más lejos que la distancia física que los separa. De un ambiente rural y premoderno y, en su caso, de una familia matrilineal en el que la persona convive con una naturaleza pródiga y dura, Arenas pasa a otro de asfalto y escaleras, inquilino de un reducido apartamento en el séptimo piso de un barrio neoyorquino conocido como la “cocina del infierno”. Paradójico resulta que la trayectoria vital del escritor esté marcada por lo antitético, y que la lucha por la subsistencia, que marcó todos sus años, transite de la poesía y la violencia con las que pobló la infancia de *Celestino antes del alba* a la desolación y la crítica de *El portero*. Hay algo portentoso en este itinerario, lleno, eso sí, de actividad, pero también poblado por una desolación interna que se exterioriza en sus días en la ciudad: frío, cemento, hospitales y enfermedades, vida que asume con todas sus miserias y grandezas. Entre estos dos momentos transcurre su vida en La Habana, y luego siguen años de marginación, cuando su universo se reduce a un grupito de personas, compañeros de tribulaciones que, temerosamente, se reúnen en el apartamento de Olga Andreu para compartir las obras que escriben. A ella le dedica un ensayo después de su suicidio en La Habana.

El éxodo del Mariel ocupa, desde luego, un lugar imprescindible en los ensayos y la vida de Reinaldo Arenas. Al haber

sido, primero, partícipe de a pie y, después, protagonista y comentarista de este histórico acontecimiento, su perspectiva comprende un espectro de opiniones, aunque su enfoque central no varíe mucho. El Mariel, para Arenas, tiene un valor histórico incalculable que aún no ha sido reconocido o estudiado lo suficiente. Es también la explosión humana que rompe estruendosamente el silencio paradisíaco con que se había recubierto el régimen ante la opinión pública mundial. Al irrumpir, primero, en la Embajada de Perú, después en las estaciones de policía para declarar su deseo de marcharse y, finalmente, en las embarcaciones en las que se les permitía abordar su nuevo destino, esa multitud de descontentos, inconformes, desafectos o sencillamente esperanzados cubanos, hasta entonces desconocida y negada, probó de manera dramática que la isla no era de ningún modo el *locus amoenus* que hasta entonces se proclamaba. El hecho de que estos nuevos refugiados provenían de diversas capas sociales, económicas y raciales, que además incluía a toda una generación nacida o formada con la Revolución, constituía un argumento de peso o, cuando menos, apuntaba a una evidente paradoja. Algo andaba podrido *dentro* de la Revolución cuando tantos optaban por salirse de ella o abandonar su coraza protectora, a sabiendas de que no iban hacia un *afuera*, sino que su salida sería interpretada solo como un *contra* que les despojaría de cualquier derecho.

Para Reinaldo, el Mariel significa una liberación y un estallido y, también, y siempre lo tuvo en cuenta, un desgarro que se tornaría cada vez más virulento. Pero surge, en esos primeros años después de su salida, una revista y una generación de creadores que se autodefine como Generación del Mariel, y su figura más visible fue, sin duda, la de Reinaldo Arenas. Esa generación y esa revista, en los tres años en que se publica, valida no solo la existencia del grupo como conjunto de creadores y ciudadanos productivos, sino también su derecho a la palabra, su deseo de dejar constancia de lo vivido, su necesidad de forjar, con sus memorias y su creación, una nueva narrativa de la realidad cubana y su impacto en todos ellos. Desde este punto de vista, la Generación del Mariel ha cumplido una función de

memoria colectiva, de portavoz de un grupo silenciado y menospreciado, tanto en Cuba como en Estados Unidos, incluso por sus propios compatriotas de Miami, y a quienes se les llegó a señalar con el mismo denominativo de “escoria” que había utilizado el gobierno de Cuba para denigrarlos. Hasta tal punto llegó esa especie de histeria social de los exiliados cubanos con respecto a los recién llegados, que artistas como Celia Cruz sintieron la necesidad de reivindicarlos en sus canciones.

Existe, en los últimos escritos de Arenas sobre este tema, un reconocimiento doloroso de todo el desgaste emotivo y vital que supuso ese vivir afuera y también al borde, siempre rondando y reviviendo la dolorosa cuestión del destierro. En sus ensayos, Arenas invoca el paso de la infancia a la madurez como el traspaso del campo a la ciudad; del monte y los ríos del trópico al norte de los fríos y los hielos; de la cotidianidad de las hojas, los troncos y la tierra, al espectáculo de las luces, las máquinas y el cemento. Hay un desasimiento sutil en esta etapa final de su escritura, en la que Arenas, todavía muy dueño de sí, mira a su alrededor y ve fantasmas, no tanto de todos los que se han ido, sino de todo lo que ha quedado atrás y se vuelve para siempre irrecuperable. Constatación de la pérdida, imposibilidad del regreso es lo que anima la pluma del escritor. El deterioro de la ciudad a su alrededor le devuelve la imagen de su cuerpo desmoronado. Con una centuria entre sí, y con tono muy distinto, pero quizás con mucha más semejanza de la que podamos o queramos admitir, pienso en los versos de José Martí, hacia el final de su vida, y también en un exilio neoyorquino, en los que invocó con inevitable ironía histórica su condición de desterrado, un ser que ya nada tiene al estar fuera de su tierra, sin ella, pero nunca en su contra: “Ni un gusano es ya más infeliz: ¡suyo es el aire, y el lodo en que muere es suyo!” (“Domingo triste”, en *Flores del destierro*, 1933).

Parte del valor de la prosa dispersa que aquí incluimos reside en el hecho de que son fragmentos de un quehacer diario, un mapa de la vida de Reinaldo Arenas que no pretende ser completo, ni siquiera lógico, pero sí consecuente con las circunstancias de su vida y las de su escritura, su pasión por la libertad y la

palabra o, por decirlo de otro modo, por la libertad de la palabra. Tuve la suerte de conocer al escritor y compartir con la persona en varias ocasiones y diferentes lugares. Reinaldo era la antiformalidad encarnada, y combinaba una gracia picaresca con una jovialidad campesina. Pero hay que recordar que para Reinaldo Arenas el derecho a decir, a opinar, a disentir y también a negar, fueron derechos ganados, jamás recibidos. Su valor, por tanto, resulta incalculable, y es por ello que prima, por sobre cualquier otro, el Arenas disidente, el que ejerce su libertad y no se limita a definirla o nombrarla. Creo que en este sentido la militancia de Reinaldo Arenas, tanto en Cuba como en Estados Unidos, fue sobre todo consecuente consigo misma, no con un grupo social, un partido político o una filiación literaria o sexual. Su activismo *avant la lettre*, aun cuando tuvo matices políticos, fue amplio y de alta intensidad. Cualquier encasillamiento representaba para Arenas un límite a su derecho a elegir, aun cuando se equivocara. De ahí su persistencia en el grito, el estallido, la convulsión.

Pero hemos de recordar que este escritor que se llamó Reinaldo Arenas hablaba con muchas voces. Hay gestos, imágenes que dialogan entre sí, sobre todo cuando provienen de vivencias similares. Recuerdo, mientras escribo estas líneas, el primer cuento de Arenas titulado “Los zapatos vacíos”. En él, los zapatos representan una esperanza, la ilusión del niño de alcanzar algo que mitigue sus deseos. Esos zapatos aparecen, hacia el final de su vida y obra, en otro y muy distinto contexto: la muerte de Olga Andreu. Andreu, como se sabe, se suicida lanzándose al vacío por la ventana de su apartamento de El Vedado, y se supone que lo hace para escapar, en sus propios términos, de una situación que se le ha vuelto intolerable. Sin embargo, antes de lanzarse, Andreu se descalza, y deja tras de sí los zapatos, en un gesto de delicadeza. Creo ver en estos y otros zapatos vacíos una puesta en escena del deseo insatisfecho en seres como Olga Andreu y Reinaldo Arenas. Si, para el niño, los zapatos vacíos representan un despertar a la amarga realidad de sus carencias, para la mujer los zapatos albergan además una oportunidad de calzado para otra que pueda beneficiarse de ellos. El símbolo, la

ironía, se tornan también literales; ambos pares dan las claves de carencias por las que se vive o se muere. Es el gesto, el vacío, el silencio, quien habla ahora por boca de la muerte.

NIVIA MONTENEGRO

Yo

CRONOLOGÍA (IRÓNICA PERO CIERTA)¹

1943: Nace o, mejor dicho, lo *nacieron* —ya que él no tomó parte en este eventual evento— el día 16 de julio, en un lugar árido e impreciso situado entre unos pedregales al norte de Holguín y al sur de Gibara, cerca del mar, en la provincia de Oriente. Su padre, un hombre al parecer de gran intuición, abandonó el hogar a los dos meses de nacido Reinaldo y no regresó jamás. Su madre, con el hijo a cuestas, parte para la casa familiar: un gigantesco y destartalado bohío poblado por once hermanas semisolteras, una abuela que a cada rato interrumpía las labores domésticas para conversar con Dios y a veces recriminarlo violentamente, y un abuelo ateo que se imponía sucesivas metas de mudez, se emborrachaba solo los fines de semana —cuando iba al pueblo con los productos de la finca— y a su regreso anuncibba, solemnemente, para la próxima semana, su ahorcamiento, promesa que nunca llegó a ejecutar.

1948: Conoce a su padre. Atravesando el camino real, un hombre alto y apuesto se le acerca. Su madre, metódica y furiosamente, comenzó a insultar al elegante personaje mientras le tiraba piedras a la cabeza. El hombre, no obstante, tuvo tiempo para, a toda velocidad, entregarle a Reinaldo dos pesos y darse a la fuga. Fue la única vez que vio a su padre, y desde entonces le guarda un gran cariño —tal vez los dos pesos que le entregó hayan influido en este afecto—.

¹ Esta “Cronología...” y “La obra” (en la sección “*Otra vez el mar*”) formaron parte del paquete editorial que la Editorial Argos Vergara de Madrid incluyó en la primera edición de *Otra vez el mar* (1984). De ahí que esta cronología se detenga en 1981, cuando Arenas, en el exilio de Estados Unidos, se dispone a reescribir su novela.

1958: Pasa su infancia en el campo. Su madre, mujer de gran sensibilidad pero de un puritanismo indomeñable, le enseña a leer y a escribir. Sus mejores aliados en esa época (los aliados de Reinaldo) fueron (y lo siguen siendo) algunos árboles, un río, los pájaros y la yerba. En 1958, ya en Holguín y bajo la tiranía del dictador Fulgencio Batista, decide, por aburrimiento y fatiga, alzarse con los rebeldes castristas. Permanece alzado todo el resto del año en la Sierra de Gibara bajo las órdenes del comandante Eddy Suñol, campesino y combatiente de la zona, quien en 1977 se suicidó de un balazo en la cabeza.

1959: Al triunfo de la Revolución regresa a su pueblo, y es becado por el gobierno revolucionario para estudiar Contabilidad Agrícola, carrera que, a pesar de todo, termina y comienza a ejercer en la granja avícola “William Soler”, en las faldas de la Sierra Maestra.

1962: Cansado de la vida pastoril, menos silenciosa que la de Montemayor, por ejemplo, ya que aquella granja era un continuo *guirigay* de gallos fatigados y alardosos y de infatigables gallinas ponedoras, Arenas parte hacia La Habana, agarrándose al clavo caliente de “una convocatoria nacional para planificadores”. Comienza en la Universidad de La Habana la infiusta carrera de “planificador”, pero para salvarse de uno de los títulos universitarios más temibles (si es que en esa materia se pueden establecer categorías en el horror) evade el examen final, y comienza a trabajar en la Biblioteca Nacional, cargo que obtiene gracias a la benevolencia de la subdirectora de aquel edificio, Maruja Iglesias Tauler, mujer de gran inteligencia, quien catalogaba *Les fleurs du mal* de Baudelaire bajo el epígrafe 700: “*Plantas medicinales y otras yerbas...*”.

1964: Aunque, desde la edad de 13 años, Arenas comenzó su carrera de novelista escribiendo, en aquellos tiempos, tres novelas, cada una de más de mil páginas —obras que, por fortuna para el género humano, han desaparecido o yacen archivadas en las siempre fidelísimas manos de la policía castrista—, no es

hasta 1964 cuando termina su primera obra menos seria y, por lo tanto, digna de publicarse y de obtener varios premios literarios, entre ellos la primera mención en el concurso nacional de novela “Cirilo Villaverde”, 1965. Se trata de *Cantando en el pozo [Celestino antes del alba]*, publicada luego en francés y otros idiomas más o menos potables. Paralelamente con esa novela escribe una serie de cuentos, *Con los ojos cerrados*, que luego, para beneplácito del bolsillo del editor, Ángel Rama, fueron publicados en el Uruguay, sin que de este acontecimiento Arenas tuviera noticias hasta su salida de la isla en 1980.

1965: Comienza Reinaldo Arenas a caminar por las calles con suma cautela, ya que por estos años culminaban, pero no concluían, las famosas “recogidas colectivas”, operaciones de lógica fascista que consistían en cercar militarmente áreas completas de la ciudad y “recoger” a cuanta persona tuviese —a ojo de buen cubero militar— facha de antisocial, homosexual, *hippy*, vagabundo, intelectual, en una palabra: “contrarrevolucionario”. Se establece, pues, entre los “paseantes”, un extenso sistema de contraseñas que servían para prever, a veces, el peligro inminente. Como campesino, Arenas está dotado de una gran habilidad para las fugas. Solo en 1973 es, finalmente, “recogido” y “reabilitado”.

1966: Mientras tanto, Arenas continúa escribiendo de manera ininterrumpida. No podía ser de otro modo ya que tenía un equipo de lectores muy eficaz y ávido: la Seguridad del Estado que, metódicamente, requisaba su cuarto y le confiscaba sus obras. *El mundo alucinante* se salvó de la insaciabilidad de estos lectores gracias a la bondad y valentía del pintor Jorge Camacho y del escritor Carlos Franqui, quienes en 1967 visitaron por última vez Cuba con motivo del llamado *Salon de Mai (Au revoir!)*. *El palacio de las blanquísimas mofetas* cruza las fronteras disfrazada de “Resumen científico de la flora cubana” en el generoso bolso de la profesora francesa Paulette Paute.

1971: Sin embargo, *Otra vez el mar*, su novela más ambiciosa y dolorosa, no tuvo tanta fortuna: la primera versión de esta obra (unas mil páginas) fue concluida en 1969, aproximadamente. Arenas, que sabía del afán de los aparatos policiales por leer sus obras —obras que, al parecer, les eran de sumo agrado pues jamás se las devolvían—, confió el grueso manuscrito de *Otra vez el mar* a su amigo de muchos años el doctor Aurelio Cortés. Atemorizado, este confió el volumen, sin leerlo, a “unas damas católicas muy pías” que vivían en las playas de Guanabo, ancianitas cerradas de negro a quienes la policía no parecía tener interés en honrar con su visita. Pero, ay, las “deliciosas” ancianitas tenían una debilidad: la lectura. Abrieron el místico saco de yute donde estaba el manuscrito y comenzaron a leer. Interesadas en la primera página; horrorizadas (y por lo tanto más interesadas) en las siguientes; verdaderamente escandalizadas —y apasionadas— continuaron leyendo aquella pieza “inmoral y monstruosa”. Realmente insultadas, pero sin soltar el manuscrito, llegaron hasta el “Canto 6” y último del libro, arribando a la conclusión siguiente: se trata de una obra antirreligiosa, atea, impía e inmoral, donde hasta el mismísimo Cortés aparece, ¡ay!, canonizado como “Santa Marica”... No, a juicio de las venerables damas católicas guanabenses, no podía seguir sobre la faz de la tierra aquella obra maldita y perversa. Se le comunicó a Cortés telefónicamente la catástrofe. Cortés, realmente enfurecido al saberse canonizado por aquella vía tan apropiada a su casta persona, pero tan poco común en el santoral, aprobó la oferta de las damas: *incineración inmediata*. Varios meses después, cuando el autor reclamó la novela para sacarla del país con una bendita francesa, se enteró de que aquella había dejado de existir.

Arenas comienza la reescritura de *Otra vez el mar*; obra que él considera imprescindible para la comprensión de su panorama narrativo. En dos años se propone culminar otra vez la extensa novela. A finales de 1973 está concluida y lista para partir. Esta vez decide, como lugar más seguro para la obra, el techo de tejas de su casa, situada en la Calle 86 y 3^a Avenida, en Miramar. Envuelta en impermeables sacos oscuros, que Arenas se

llevaba del campo de trabajo agrícola donde “voluntariamente” trabajaba en el Cordón Cafetero de La Habana —plan que no dio nunca un grano de café y costó unos 40 millones de dólares—, los cantos y capítulos de *Otra vez el mar* descansaban bajo el tejado caliente, donde ni siquiera Elizabeth Taylor lograría, a pesar de su calentura, descubrirlos... Así pensaba Arenas, pero una cosa piensa el cliente y otra el vigilante...

1973: Arenas es “recogido” en la Playa de Santa María del Mar por un policía acreditado en este oficio, el señor Roger Salas Pascual, alias *Cocó*. Se le adjudican los cargos de “extravagante”, “inmoral”, “contrarrevolucionario”, “diversionista ideológico”, “corruptor de menores”, “desacato y escándalo público”. Causa 73/984: un verdadero resumen que tenía como colofón agravante el hecho de que el “delincuente” había publicado —sin permiso oficial— tres libros fuera del país... Ante un futuro tan luminoso, Arenas opta por las de Villadiego: logra sacarle provecho a la imprudencia de un carcelero que deja (verdad que habían “sacado” café caliente) la celda sin el candado bien cerrado. Arenas salta la reja, el muro, cae al agua y permanece en calidad de prófugo unos 4 meses. Cambiando de rostros y disfraces por semana, logra atravesar toda la isla; llega hasta las cercanías de la Base Naval de Guantánamo —con intención de saltar las cercas electrificadas y minadas, y escapar—, pero el estruendo de una ametralladora, que infortunadamente no da en el blanco, le hace cambiar de opinión. Ostentando múltiples disfraces, regresa a La Habana, contacta a varios amigos y, desde la misma Francia, el joven marino Joris Lagarde parte con un pequeño bote inflable rumbo a Cuba —vía aérea—, pero al llegar a la capital cubana no le permiten al intrépido navegarante sacar su bote de la aduana. “Usted sí puede bajar, pero lo que es ese bote, ese se queda aquí hasta su regreso”.

1974: Entrevista en el Parque Lenin (gigantesca y vigilada mole de matorrales y concreto) con Joris Lagarde y Juan Abreu. “Todo está perdido”, es la simple conclusión a que llegan los tres hombres agazapados entre la manigua. Lagarde parte otra

vez para Francia con la mala nueva. Abreu promete seguirle trayendo de vez en vez un plato de comida al prófugo.

Enero 6, 1974: Una escuadra policial arresta a Arenas en el Parque Lenin. Es conducido inmediatamente a la prisión subterránea del Morro, incomunicado por dos meses; luego pasa a las celdas de tortura de la Seguridad del Estado, antigua Villa Marista de los jesuitas, en el Reparto de La Víbora —nombre muy apropiado—. Al cabo de 5 meses de diversas y deliciosas torturas, Arenas confiesa ser un personaje verdaderamente diabólico, se arrepiente de todos sus pecados, jura y perjura. De ahora en adelante solo escribirá obras realistas-socialistas: *¿El mundo alucinante?* ¡Qué horror! *¿Celestino antes del alba?* ¡Una verdadera infamia contra el pueblo noble y trabajador! Ah, pero de ahora en adelante amará al Gran Hermano... Cuatro años de cárcel o más es la promesa de los nobles tenientes que lo atienden. Vuelve, pues, para el “ventilado” Morro, y en una de aquellas cuevas pasa un año encerrado. Allí llega a la conclusión de que está condenado a escribir sobre lo que ha vivido (*Cantando en el pozo* y *Otra vez el mar*) o vivir lo que ha escrito: *El mundo alucinante*. Por truculencias del azar, Arenas había escrito en 1966 la biografía imaginaria y real de un fraile mexicano que, perseguido por la Inquisición española, es conducido a la prisión del Morro en La Habana luego de haber sido prófugo de la “justicia” por mucho tiempo. Arenas, exprófugo, está ahora en el Morro en las celdas donde 150 años atrás estuvo Fray Servando Teresa de Mier Noriega y Guerra... Por cierto que también Fray Servando se retractó por escrito ante la “dulce Inquisición” de todos sus crímenes... Pero Fray Servando luego se había escapado en un bote y había llegado a las costas de la Florida y yo estaba ahora encerrado en su misma celda, pero sin la menor posibilidad de escapar por ese mar que el avance de la represión y de la técnica poblaba ahora de superradares y lanchas superrápidas. En ese sentido el prófugo está en desventaja con la civilización...

1976: Arenas pasa a una “granja de rehabilitación”, campo de trabajo forzado donde se “rehabilita” rápidamente construyendo casas para los “técnicos soviéticos”. Sale del campo. Tiene una meta: sacar *Otra vez el mar* del tejado... Pero un ex preso no tiene derecho en Cuba a volver a la casa que habitaba: todas sus pertenencias, incluyendo su casa, son confiscadas. En su casa vive ahora un miembro del Partido Comunista, quien es además militar. Arenas y sus amigos íntimos tienen que conformarse con pasar por la esquina de la Calle 86 y 3^a, en Miramar, y mirar subrepticiamente para el alto tejado. Una noche, sin embargo, se arriesgan; mientras unos vigilan, Arenas sube al tejado, comienza a levantar tejas. La novela ha desaparecido. Al parecer, la eficiente policía castrista (¿o fueron los vecinos quienes informaron, o la furibunda tía de Arenas, Orfelina?) dio con las tan codiciadas bolsitas de nylon negro.

1979: Ahora solamente tenía Arenas dos problemas: buscar sitio para pasar la noche y escribir *Otra vez el mar* (¿no dicen que a la tercera va la vencida?). Arenas convive durante estos años en casa de la viuda de un “Comandante de la Revolución”, la señora Elia del Calvo, mujer apasionada por las gatas (tenía 37 de ellas) y por la literatura (lo cual era aún peor que las malvadas gatas). El escritor Norberto Fuentes también le dio albergue —aunque, según las malas lenguas, lo hizo para vigilarlo mejor...—. Luego conoce a un pícaro redomado que tenía un cuarto en un tugurio conocido como el Hotel Montserrat, el señor Ramón Valentín Díaz Marzo, quien había vendido su mismo cuarto unas seis veces y siempre lo recuperaba —estafando al comprador— ya que en Cuba no se pueden vender las viviendas. Durante los últimos años de su vida en la isla, Arenas, mientras reescribía *Otra vez el mar*, se dedicó a hacer variadas labores para la sobrevivida: se hizo especialista en hacer barbacoas, pisos de madera que multiplican las escasas viviendas habaneras; se dedicó al tráfico de ropa usada; viajaba hasta la provincia de Matanzas donde recogía limones y otras frutas que revendía en la capital; también vendía maderas usadas que sacaba subrepticiamente de un convento abandonado, el cual

colindaba con una puerta oculta que se había excavado en la pared del cuarto donde vivían la pintora Clara Morera y su esposo Teodoro Tapia. Tuvo, sin embargo, placeres que aún añora y que quizás sean irrecuperables: la cercanía del mar antillano, Lezama, Virgilio, lecturas clandestinas de poesía, aventuras en playas que ya están clausuradas incluso para los cubanos que siguen allá, noches únicas bajo un malecón y un cielo que se difuminan...

1980: Cuando los 10 800 cubanos, a riesgo de sus vidas, entraron en la Embajada del Perú en La Habana, Fidel Castro, a fin de demostrar que todos los que estaban en aquel recinto eran unos delincuentes, tuvo la “brillante” idea de deportar (con salvaguardias de asilado en dicha embajada) a numerosos expresidiarios, supuestos delincuentes, anticastristas, “antisociales”, en fin, personas rebeldes, hasta enfermos mentales y leprosos que eran un estorbo o un peligro para la dictadura. También, naturalmente, infiltró a un gran número de asesinos profesionales (los peores delincuentes) que pueblan las filas de la policía secreta.

Entre esa ola humana e inhumana (unas 135 000 personas), me lancé yo apresuradamente al mar, desde el puerto del Mariel, en un bote llamado “San Lázaro”, el 5 de mayo de 1980. Un mal tiempo hizo que la pequeña embarcación se rompiera en medio de la corriente del golfo. Detectados a los tres días por un helicóptero norteamericano, fuimos rescatados por el guardacostas “Vigorous II”. Así, luego de variadas peripecias, llegué, como mi querido cómplice Fray Servando Teresa de Mier ciento cincuenta años atrás, a las costas de la Florida.

Cumplíase cabalmente el postulado que me persigue: escribir sobre lo que he vivido o vivir lo que ya he escrito.

De manera que de ahora en adelante habré de tener mucha cautela con todo lo que escriba.

1980: Reside en Nueva York. Obtiene las becas Guggenheim y Cintas, tras la recopilación de *Otra vez el mar*.

1981: P D.: Los originales de la tercera versión de *Otra vez el mar* han sido adquiridos por la Universidad de Princeton, en cuya biblioteca forman parte de la colección “Manuscritos raros”, junto con *Le roman de la rose*, los escritos de Blanco White y un sinfín de manuscritos que incluye hasta las liquidaciones de cuentas laborales de Betty Davis. Todo eso puede ser consultado por el lector interesado en dicha babilónica biblioteca, en Princeton, New Jersey, USA.

CELESTINO Y YO²

Para un autor debe resultar siempre muy difícil hablar de su obra; yo, que hablar de por sí me resulta ya difícil, hablar de mi novela lo considero casi imposible. Para hacerlo tendría que escribir otra novela, lo cual, desde luego, sería imperdonable, o dar una visión deformada, lo que me parece más lógico pues así cualquiera puede formarse de la novela una opinión diferente, y yo me sentiría muy alegre. En realidad me aterra analizar una obra literaria, y más si se quiere analizar en la misma forma que se analizara un insecto, colocado bajo un potente microscopio que no puede admitir, desde luego, el misterio, que todo lo quiere explicar. Una obra literaria no tiene por qué explicarse; no surge como un tratado político económico con el fin de señalar tal problema, ni como un tratado científico con el fin de mostrar una nueva hipótesis acerca de cualquier fenómeno. La obra literaria, como toda creación del espíritu más que de la inteligencia, no tiene explicación directa; además, no hay por qué explicarla. Sería, en fin, como si cogiéramos una flor y quisieramos justificar, científicamente, el porqué de su número de pétalos, el porqué de la existencia de tantos filamentos, hasta que descubrimos horrorizados que nos encontramos simplemente ante un órgano sexual que cumple su misión reproductiva. Pero en el caso de esta novela mía, que no sé si es novela, que no sé si es mía, y que no sé, en definitiva, qué cosa es, sería más difícil dar una explicación, porque es cierto que la misma conserva algunos rasgos autobiográficos, y explicarla sería explicarme yo mismo, ponerme al descubierto, ofrecerme, como se ofrece un libro colocado ya en su estante, con el justificado temor de

² El título se refiere a *Celestino antes del alba*, La Habana, Ediciones Unión, 1967, primera novela de la pentagonía autobiográfica, que incluye otras cuatro novelas, y único libro suyo publicado en Cuba.

no saber qué manos lo tomarán y qué interpretación harán del mismo. Yo, para darles una explicación de por qué escribí esta novela, creería conveniente empezar por describirles un árbol; un árbol que crece a la vez que va transcurriendo mi infancia, un árbol cualquiera situado en el patio de la casa. He visto ese árbol florecer año por año, lo he visto batirse en el viento, y también he escuchado en él el escándalo de todas las criaturas del campo; he jugado a la sombra de ese árbol o me he encaramado a sus más altos gajos y me he quedado dormido. Y he visto cómo un día uno de mis familiares, con esas justificaciones terriblemente lógicas que tanto abundan en el mundo de los adultos, ha cortado ese árbol de dos o tres hachazos y lo ha hecho carbón en una de las esquinas del patio. Y de pronto descubro que ese árbol no era un árbol, sino yo mismo; porque, ¿qué somos en la infancia sino el escándalo de la arboleda, el chirrido de los grillos, el escarceo de los pájaros que construyen su nido sobre el techo de la casa, el estallido imprevisto del aguacero que viene a veces cargado de granizos, o la lejana llamada de la madre, sacándonos de nuestro mundo mágico para que bajemos a tomarnos el café con leche? Entonces, si somos todo eso, al caer el árbol, algo también dentro de nosotros se ha caído y ha quedado carbonizado; algo, en ese mismo momento en que el árbol del patio ha sido destrozado, nos pone en comunicación, nos coloca de repente ante el mismo umbral del horror cotidiano en el cual estaremos condenados a habitar, y del cual participaremos, aun cuando nos rebelemos y no queramos aceptarlo.

Pero el niño, que descubre de pronto que se encuentra colocado sin explicaciones en medio del infierno, ¿con qué cuenta para defenderse, con qué cuenta para hacerle frente al horror? ¿Acaso puede el niño elaborar teorías filosóficas en las cuales se profetice el advenimiento de un porvenir luminoso?; ¿acaso puede tomar un arma y empezar a destruir lo que muchas veces merece ser destruido?; ¿acaso puede rebelarse ante los razonamientos monumentales, objetivos y lógicos de los mayores? Razonamientos que generalmente van amparados por la trompada o por la mirada fulminante... Digámoslo de una vez: el niño no cuenta para defenderse más que con la imaginación, y esto le es

suficiente para que no perezca, para que su mundo no sea destruido, porque, no podemos olvidarlo, la imaginación es maravillosa, es un formidable don que, en último caso, sería el esencial y definitivo que diferencia al hombre del resto de las bestias. Y con esa prodigiosa arma que nadie le podrá nunca arrebatar, el niño cruza por encima del horror; se refugia, digamos, en una de las esquinas del corredor donde la enredadera ofrece la frescura, propicia la creación, y empieza, magistralmente, con su inocencia terrible, a crear un mundo. La imaginación lo ha rescatado de la realidad inmediata y lo ha llevado a salvo a la otra realidad, a la gran realidad, a la verdadera realidad, aquella que tiene su lugar en el subconsciente del individuo.

Dueño, pues, de esa arma prodigiosa que es la imaginación, el niño se va formando su universo a la medida de sus anhelos y necesidades. Pero está solo. Solo en medio de ese mundo que ha creado. Y se pasea por los grandes castillos que su imaginación ha perfeccionado, y se encarama sobre las blanquísimas nubes que ha creado, en número y forma, de acuerdo con sus deseos; y se zambulle en el río bullente que ha creado también a la medida de sus necesidades. Pero sigue solo. Entonces acude de nuevo a la imaginación, y ella, como una diosa protectora, mata la soledad, inventándose el amigo. El gran amigo. El que nunca, desde luego, existirá; el amigo que protegeremos y nos protegerá, el amigo que rescataremos del inminente peligro y que también nos rescatará, el amigo que amaremos por sobre las otras cosas que también amamos; el amigo que, desde luego, no es más que uno mismo y por eso más lo compadecemos, lo amamos y muchas veces lo destruimos.

Todo eso acontece en el mundo del niño. Pero la imaginación, ¿no es acaso un producto de la vida misma?; tiene que afianzarse en lo que los ojos han visto, en lo que la inteligencia ha tratado de interpretar, en lo que ha impresionado los sentidos y ha exaltado nuestros sentimientos, pues la imaginación es un producto de la vida misma. Y siendo la vida del niño una mezcla de ternura y horror, y también de desconcierto, es lógico que lo terrible invada el mundo de la imaginación y lo deforme. Y así, en aquellos momentos en que la inocencia parece rescatar-

nos a través del deslumbramiento de la belleza, surgirá lo terrible, contraponiéndose, interrumriendo, reiterándose, buscando también un lugar que, desgraciadamente, le pertenece. Porque no creo que exista una sola realidad, sino que la realidad es múltiple, es infinita y, además, varía de acuerdo con la interpretación que queramos darle. Y no creo tampoco que el novelista —y el escritor en general— deba conformarse con expresar una realidad, sino que su máxima aspiración ha de ser la de poder expresar *todas las realidades*. Pues de lo contrario sería como si yo levantara una mano y hablara solo de la posición que ocupa esa mano mientras permanece levantada, olvidando por qué se alzó, cuáles fueron los motivos que tuvieron lugar en el cerebro para que se produjese el hecho físico de que la mano se haya levantado. Pero aún seríamos demasiado superficiales si solamente tratáramos de explicar el levantamiento de la mano a través de las causas acaecidas en el cerebro; habría que seguir profundizando e investigar el motivo de esas causas que influyeron al subconsciente para que incitara al cerebro y este diera la orden a los nervios y estos a los músculos para que esta mano pudiera levantarse; y a su vez esos motivos primarios tendrían otros motivos primarios, ya externos, que nuestros sentidos captaron y quedaron guardados; pero a la vez, esos motivos primarios también tendrían que ser originados por otras causas también primarias, y ya este levantamiento de la mano queda comprometido con los árboles, con el tiempo, con los astros y, en fin, con el universo infinito; de manera que, entonces, después de haber sondeado someramente en todos estos acontecimientos, ¿no resulta simplemente mezquino hablar solamente de la posición que ocupa esta mano levantada; de la forma en que a nuestros ojos, que ven tan poco, se nos ofrece? ¿No resultaría demasiado limitado, para un escritor honesto, expresar simplemente esta realidad elemental de una mano levantada cuando hay miles de realidades mucho más profundas que han determinado, en fin de cuentas, este hecho puramente mecánico?

Ah, pero cuando tratamos de expresar las diferentes realidades que se esconden bajo una realidad aparente, los superficiales, que pululan en forma alarmante, los superficiales, a quienes

hay que dárselo todo molido y masticado, pegarán el grito en el cielo y exclamarán satisfechos: “Ya se repite, porque vuelve otra vez a mencionar un hecho que ya describió”, ignorando que ese mismo hecho es infinito y se puede tratar también en forma infinita si en verdad queremos profundizar sobre el mismo y queremos expresar todas las realidades.

Desgraciadamente para nuestra literatura, a muchos de los novelistas pasados solo les ha interesado esa mano levantada; solo se han ocupado de brindarnos esa realidad elemental, esa realidad simple que, como transcurre frente a nuestra retina, resulta, desde luego, más fácil de manejar. Lo otro lo han olvidado o simplemente no les ha interesado. Pero lo triste de todo esto es que cuando alguien se preocupa por expresar las demás realidades, se molestan o lo tachan a uno de poco realista, como si la realidad se limitara a una mano levantada. Y así surge el esquema con el cual trabaja el 99 % de nuestra crítica; y ese esquema dice más o menos lo siguiente: “Realismo, todo lo que sucede delante de nuestros ojos o lo que tradicionalmente puede suceder, lo que palpamos, lo que acontece delante de nuestros sentidos; surrealismo, todo lo demás”. Oh, horror; contra todo eso tenemos que enfrentarnos; modestamente no, porque la modestia se considera generalmente como un símbolo de cobardía, sino que debemos ser simplemente intolerantes con los esquemas establecidos que atrasan el desarrollo de nuestra literatura. Debemos, pues, argumentar con los ejemplos más formidables y recientes que nos ofrece, por suerte, la vanguardia literaria contemporánea.

A pesar de todas estas explicaciones que quizás resulten innecesarias o insuficientes, me temo que a muchos lectores les puede resultar intolerable leer dos o tres páginas de esta novela, porque en ella no he tenido la más mínima intención de desarrollar un argumento con la tradicional trama, nudo y desenlace. Creo que las preocupaciones de un escritor actual deben ser otras, y el lector actual también debe exigir de un libro algo más que un argumento interesante.

Logrado o no —y yo creo, desde luego, que la obra no ha sido lograda—, mi intención ha ido más allá de contar tradi-

cionalmente una historia determinada. Ni siquiera pretendo denunciar deliberadamente un determinado estrato social. La denuncia, desde luego, está dada en toda la obra, porque uno nace en una región determinada, se forma dentro de un ambiente determinado y, si se es honesto cuando se escribe, ese mundo, ese medio en el cual nos desarrollarnos y surgimos, quedará, indudablemente, expresado en la obra, con todas sus violencias, ternuras, defectos y bestialidades.

ÍNDICE

Nota editorial / 9

Nota a la segunda edición / 11

Por un *Libro de Arenas* / 12

El mundo alucinante de Reinaldo Arenas / 17

Yo

Cronología (irónica pero cierta) / 29

Celestino y yo / 38

En memoria de Olga Andreu / 44

Adiós a Manhattan / 48

Oración / 52

LITERATURA

Los zapatos vacíos / 55

El llanto de la tojosa / 57

La punta del arco iris / 62

Soledad / 66

La puesta del sol / 68

El páramo en llamas / 71

Benítez entra en el juego / 75

Bajo el signo de enero / 82

Literatura y Revolución (encuesta): los autores / 86

Tres mujeres y el amor / 88

Cien años de soledad en la ciudad de los espejismos / 94

Con los ojos abiertos / 104

Mariana entre los hombres / 109

Granados en la casa sol / 113

Lo cubano en la literatura / 117

José Martí, intelectual del exilio / 122

Carlos Franqui, nostalgia del futuro / 126

- El sol racionado / 131
La otra *Historia de Mayta* / 139
Escuchando a Enrique Labrador Ruiz / 142
Cortázar un año antes de su muerte / 144
La literatura cubana dentro y fuera de Cuba / 149
La literatura cubana en el exilio / 162
Meza el precursor / 170
Subdesarrollo y exotismo / 173
No hay paz para el Nobel / 178
Cuba: literatura y libertad / 181
Los dichosos sesenta / 186
Humor e irreverencia / 193
La feria del libro de Madrid / 199
Vargas Llosa, presidente / 202

OTRA VEZ EL MAR

- La obra / 207
Sinopsis / 208
Diagrama / 217

MARIEL

- La generación del Mariel / 221
La dignidad de Guillermo Hernández / 223
Mariel: diez años después / 227
Mariel: el principio del fin / 231

EN CONTRA

- Comunismo, fascismo y represión homosexual / 241
La respuesta de Reinaldo Arenas / 244
Reinaldo Arenas responde a Ángel Rama / 247
El Nobel para Ubre Blanca / 251
García Márquez: fin de un mito / 255
Es un acuerdo trámoso / 258
Tiempos modernos / 263
Todos tendrán que escuchar / 267
Miguel Barnet o las reglas del juego / 270
¿Rehabilitación o castración? / 277

- Entre el plebiscito y la pared / 281
Elogio a Fidel Castro / 284
No al diálogo / 287
Tema del traidor y el héroe / 292
¿Rusia hacia el capitalismo? / 297
El New York Times tiene cien años de atraso / 300
Guillén el malo / 304
La perestroika / 308
Los eternos prisioneros de Castro / 311
Los paraísos inhabitables / 314

PRÓLOGOS

- Los viajes relevantes de Juana Rosa Pita / 319
El ángulo se ilumina / 322
Arturo Rodríguez / 325
Alicia en las mil y una camas / 326
Exhortaciones para leer a Juan Abreu / 327
El poeta en su noche / 333
La mueca de la paloma negra / 335
Al resplandor del infierno / 341
Canto de las arenas (homenaje a Jorge Camacho) / 346
Textos poéticos: Gladys Triana / 348
Las moradas subterráneas / 350
Cristóbal Colón / 352

CARTAS

- Carta abierta a Ediciones del Norte / 357
Carta abierta al Center for Inter-American Relations / 359
Carta abierta a Joseph Papp / 363
Carta abierta a Fidel Castro / 367

APÉNDICE

- Entrevista con Reinaldo Arenas / 371
Conversación con Reinaldo Arenas / 394
Treinta truculentos trabalenguas
 Abre, obra, obre, ubra, abra... / 413
 Alla, ella, illa, ollo, ulla... / 414

- Ara, are, ira, oro, uri... / 415
Bar, ber, bir, bor, bur... / 416
Bar, ber, bir, bor, bur, ver, vir... / 417
Bra, bre, bri, bro, bru... / 418
Cabra, cobra, cobre, cubre, cobro... / 419
Ca, que, qui, co, cu... / 420
Cha, che, chi, cho, chu
 rra, rre, rri, rro, rru... / 421
Che, chi, cho, chu, cha... / 422
Eco / 423
Ejo, ujo, ijo, ija... / 424
Fa, fi, fan, fin, fon, fun... / 425
Forme, firma, forma... (informes) / 426
Ga, gle, gli, go, gu, gal... / 427
Ga, gue, gui, go, gu
 ya, ye, yi, yo, yu
 lla, lle, lli, llo, llu... / 428
Gra, gro, grio, gre... / 429
Guille, galle, galla, gulle, guello... / 430
La, le, li, lo, lu... / 431
Mama, meme, momo, mima, mumo... / 432
Ña, ñe, ñi, ño, ñu... / 433
Oca, oco, ico, eco... / 434
Op, ap, ip, ep... / 435
Sia, sie, cio, sio... / 436
Tata, teta, tito, toto...
 (las aventuras de Toto con la hotentota) / 437
Tra, tre, tri, tro, tru... / 438
Tra, tre, tri, tro, tru... / 439
Va, ve, vi, vo, vu... / 440
Ya, ye, lla, llo, yo... / 441
Fa, fe, fi, fo, fu... (final) / 442

Referencias bibliográficas / 443